

CAPITULO XXXV.

RESUÉLVESE MOCTEZUMA A DECIR A CORTÉS QUE SE VAYA
DE SU TIERRA: VELAZQUEZ ENVIA UN ARMAMENTO
CONSIDERABLE, CUYO MANDO CONFIA A PANFILO DE NAR-
VAEZ: CORTÉS PRENDE A ESTE GENERAL: VUELVE
A MEXICO: MUERTE DE MOCTEZUMA:

AÑO DE 1520.

Como empezaba Moctezuma á sentir la flaqueza de su autoridad por las reflexiones que hizo sobre los motivos de la conjuracion de Cacamatzin, y temia que se volviesen á inquietar sus vasallos, determinó en todo caso despachar á los españoles, y comunicó con Hernan Cortés que habia discurrido en reconocer de su propia voluntad el vasallaje que se le debia al gran Rey de Castilla, como á sucesor legitimo de Quetzalcoatl, y dueño propio de aquel imperio, á cuyo fin pensaba convocar

la nobleza de su reino, y hacer en su presencia estereconocimiento. Agradecióle Cortés la accion, deseoso de conseguir el principal fin de sus designios. Envió pues Moctezuma á llamar á todos los reyezuelos y Caciques principales de su imperio. Vinieron todos á México con lucido acompañamiento, y estando todos juntos y en presencia de Cortés, les propuso diesen obediencia al gran Rey de Castilla, trayéndoles á la memoria lo que habian oido de sus antepasados y afirmaban sus sacerdotes del modo con que habia entrado á dominar aquellos reinos su candillo Quetzalcoatl y los pronósticos que habia dejado, previniendo que habian de volver á reinar en aquella tierra sus descendientes, que sin duda el que dominaba en aquellas regiones del Oriente era el sucesor legitimo del mismo Quetzalcoatl, el cual enviaba á su capitan Hernan Cortés para reclamar este incontestable derecho hereditario, y que así le debian reconocer todos por su Rey, no pudiendo dejar de obedecer á la voluntad de sus dioses que así lo querian. Vinieron todos en ello, aunque con grandes sollozos y llantos, y á imitacion de su Príncipe se ofrecieron por vasallos del Rey de Castilla, como estaba pronosticado, con la contribucion de sus mejores joyas y alhajas. Desde aquel dia quedó reconocido el emperador Carlos V por señor del imperio mexicano entre aquella gente,

y de ello se formó público instrumento con las solemnidades necesarias. Este título, que se debió despues al derecho de las armas sobre justa probacion, vino á ser medio necesario para la introduccion del Evangelio en la Nueva España. Pocos dias despues insinuó Hernan Cortés á Moctezuma que convenia, en reconocimiento del homenaje que se habia dado á su Rey y Señor, enviarle algun presente correspondiente á la grandeza y riqueza de su imperio. Moctezuma al instante le entregó el regalo que tenia prevenido: los nobles hicieron lo mismo con título de contribucion, y se juntó en pocos dias tanta cantidad de oro y plata, que sin contar las joyas y piezas de primor, y habiéndose fundido lo demás, se hallaron seis-cientos mil pesos reducidos á tejos de buena ley, de cuya suma se apartó el quinto para el Rey, y del residuo se hizo cargo Cortés para acudir á sus desempeños y á las necesidades públicas de su ejército. No cabia Cortés de contento al ver cuán prósperos términos tomaba su conquista, y cuánto se prevenia más en el despacho de los presentes de Moctezuma y de sus nobles que intentaba remitir al Rey, y juzgaba que por estar apoderado de la persona de Moctezuma podia con más facilidad disponer las cosas más bien, para dentro de poco tiempo verse posesionado de sus vastos dominios. Moctezuma, avergonzado de lo que decian

de él sus vasallos, atribuyendo á falta de espíritu su benignidad, y turbado con las amenazas de que habian de elegir á otro señor, y no ménos violento en aquel género de sujecion, como asimismo arrepentido de lo que habia hecho en favor de los españoles, previno cincuenta mil hombres, otros dicen cien mil, con determinacion de despachar á los españoles y hacerse obedecer en caso de cualquiera resistencia. Hizo llamar á Cortés, y le propuso con entereza que habiendo cesado los motivos de su detencion en la Corte y conseguido en obsequio de su Rey tan favorable respuesta de su embajada, ya era razon se fuese de sus dominios, porque sus dioses se lo habian mandado y sus vasallos pedido, amenazándole que si no queria por bien retirarse le echaria por fuerza de sus Estados. Estrechado Hernan Cortés más de lo que esperaba con esta intimacion fuerte y resuelta de Moctezuma, le respondió con grande comedimiento, que trataria luego de abreviar su viaje; que bien sabia no tenia navios para ejecutar lo que mandaba, y que por lo mismo habia discurrido en pedirle licencia para que se fabricasen algunos bajeles capaces de tan larga navegacion, y así, que diese orden fuesen sus carpinteros con algunos españoles á habilitarlos: que estando hecho se marcharia luego porque no queria estar sino con gusto suyo en sus reinos, de que

se dió por satisfecho Moctezuma, y mandó que asistiesen á la costa de Ulúa todos los carpinteros del contorno, y Cortés por su parte despachó sus maestros y oficiales castellanos con órden reservada que se fuesen poco á poco en la construccion de los bajeles, y que procurasen alargar la obra de modo que no pareciese dilacion maliciosa, con que se aseguró en la confianza de Moctezuma.

Hasta aquí habia caminado con gran prosperidad Hernan Cortés, y le habia salido muy bien para el logro de su conquista la agudeza y penetracion de su grande espíritu con que disponia á su arbitrio el de Moctezuma, cuando dentro de pocos dias tuvo noticia este emperador de que andaban en la costa de Ulúa unos diez y ocho navios, y envió á llamar á Cortés para decirle que ya tendria navios en que irse. Mostró Cortés alegría en el semblante, porque pensó que habrian llegado sus procuradores, y fingiéndose grandes socorros en tanto numero de bajeles: no se persuadió por entónces á que pudiese venir contra él armada tan poderosa: su respuesta fué, que se partiria luego si aquellos navios estaban de vuelta para los dominios de su Rey, y que seria necesario esperar aviso de los españoles que asistian en Zempoala, para saber el designio de aquella gente que venia, y si era necesario seguir en la fábrica de los bajeles. Aprobó Moctezuma este

reparo de Cortés, conociendo la razon, pero tardó poco en venir nueva de la Veracruz que aquellos bajeles eran de Diego Velazquez, y venian en esa armada ochocientos españoles contra Hernan Cortés y su conquista. Disimulando su turbacion con el mayor aliento, negando su cuidado á Moctezuma, se retiró para discurrir el remedio á tantas angustias que le asaltaban por tantas partes. Y es el caso, que á últimos del año antecedente de mil quinientos diez y nueve, Velazquez habia recibido cartas de Pedro Martin su capellan, en que le daba noticia cómo se habian despachado sus provisiones y cédula de Adelantado, cuyas facultades se extendian no tan solamente á toda la isla de Cuba, mas aun á todas las provincias que mediante su cuidado y de su órden se llegasen á descubrir, y que podia contar con la proteccion del obispo de Burgos; pero añadia, que los procuradores de Cortés, Portocarrero y Montejo habian llegado á la Corte con mucho oro y relaciones de sus buenos sucesos en la conquista de Nueva España, de que el Rey habia manifestado mucho gusto; y que el obispo de Burgos trabajaba con ardor en hacer pasar á Cortés por un rebelde que merecia ser castigado, pero que no se lisonjeaba poder destruir en el ánimo del Príncipe las impresiones tan favorables que habia concebido para con ese general, por las grandes es-

peranzas que tenia de una conquista tan ventajosa, ni hacer contrapeso á los sufragios de todos los órdenes del reino que levantaban hasta el cielo, y aplaudian el ánimo valeroso y buena conducta de un hombre demasiado feliz, para ser juzgado delincuente. Excitaron estas noticias en el corazon de Diego Velazquez sentimientos opuestos unos á otros, pero que concurrieron á hacerle tomar la resolucion de arriesgarlo todo para vengarse de un ingrato que debiéndole todo el sér, iba, si no tomaba las más prontas providencias, á robarle la gloria y los provechos de la mayor empresa que se hubiese intentado hasta entónces en el Nuevo Mundo. Embebido en estas ideas, corrió personalmente toda la isla, procurando inspirar en los ánimos de los hidalgos y más esforzados castellanos todo el resentimiento de su passion, y mover á todos, despertando en sus corazones los deseos más vivos de partir con el ejército de Cortés los tesoros de la Nueva España, y de tener la honra de añadir una corona tan singular á todas las que resplandecian ya en las sienas de su Soberano. Velazquez era querido de todos: su proposicion parecia de fácil ejecucion: á más de eso, franqueaba todo su crédito y su copiosa hacienda para el logro de la expedicion que premeditaba. Así consiguió en muy poco tiempo habilitar un ejército respetable y armar la más

numerosa flota que se hubiese visto salir por entónces de los Puertos de Indias. Se componia de once navios de linea, de siete menores y de muchos bajeles de transporte. Tenia prevenidos ochocientos soldados de la mejor infanteria que hubiese en Indias y ochenta hombres de á caballo prontos á embarcarse en esta grande armada. El primer intento de Velazquez fué mandarla en persona, pareciéndole que su presencia seria tanto más importante que seria mayor delito no obedecer sus órdenes. Mudó despues de parecer y nombró por general á Pánfilo de Narvaez que acababa de venir de España. Era oficial veterano que se habia granjeado gran reputacion en las expediciones de Indias, y muy adicto á los intereses del gobernador. No tansolo le encomendó el mando de su armada Diego Velazquez, sino que le hizo su teniente, encargándole sobre todo de no omitir diligencia alguna para apoderarse de la persona de Cortés, remitiéndosela con la mayor eficacia y con buenas guardias; y luego que le tuviese bien asegurado, que tomase el mando de los dos ejércitos unidos, prosiguiese la conquista hasta concluir la, dejando establecida en esas partes la autoridad del Rey, y afianzados los derechos del Adelantado de Cuba. No tardó la Real Audiencia de Santo Domingo en saber de aquellos grandes preparativos, y temió las consecuencias que habian

de resultar. Luego despachó á Velazquez uno de sus oidores, el licenciado Lúcas Vazquez de Ayllon, para empeñarle á que remitiese la decision de esta grande oposicion y de sus quejas á la Real Audiencia, con órdenes de emplear todos los medios posibles de persuasion ó de amenazas, para estorbar aquella empresa que no dejaria de atraerle la indignacion del Rey, de cualquiera manera que obra-se, al mismo tiempo de representarle su ruina inevitable, y la infamia en que habia de caer si por satisfacer su pasion y venganza encendia en la Nueva España un fuego que quizás abrasaria todos los establecimientos españoles en lo descubierto de Indias; y si no bastaban todas estas consideraciones para obligarle á desistir de su armamento, de intimarle que suspendiese esta expedicion bajo las penas de ser tratado como desobediente y rebelde. El oidor Vazquez ejecutó con puntualidad las órdenes de la Real Audiencia, pero no pudo reducir á un hombre que en virtud de su nueva dignidad pretendia no reconocer superior alguno en el Nuevo Mundo. Salió la armada por el mes de Abril de mil quinientos veinte. Este oidor se embarcó en ella pensando que no teniendo que negociar sus encargos únicamente con Narvaez, les daria más fácil cumplimiento, pero se engañó, pues luego que llegó á las costas de Nueva España, y vió que Narvaez rechazaba obstinada-

mente todo medio de composicion, le hizo intimar que le prohibia pasar adelante, pena de la vida, hasta que recibiese nuevas órdenes de la Real Audiencia. Este golpe de autoridad, dimanado de una persona tan respetable, comenzó á hacer su impresion en el ejército de Narvaez, tanto que le hizo temer á este general lo que le podia sobrevenir, y para precaver cualquiera mala resulta, hizo inmediatamente embarcar al oidor en una carabela que enviaba á la Isla de Cuba, diciéndole que podia perjudicar al servicio del Emperador su larga ausencia de la Isla Española, y que convenia fuese á servir su cargo. Pero Vazquez empeñó al patron de la carabela á que le llevase en derechura á Santo Domingo, donde causó gran novedad semejante atentado. Por otro lado, como verémos, se desvanecieron bien presto las esperanzas de Diego Velazquez que tenia fundadas en esta poderosa armada, con la victoria de Cortés sobre Narvaez y la prision de este general, de cuyas consecuencias provino á Velazquez, como se lo tenian pronosticado, no solo la pérdida de todo su caudal, sino el de caer en la desgracia del Emperador.

Luego pues que llegó Narvaez con su flota á las costas de Ulúa, tuvo noticia en brevísimo tiempo Moctezuma de la llegada de la armada como está dicho, y dentro de poco le vinieron

nuevas que confirmaban el estado de la flota, y en pintura, de cuánta gente se componia, y las piezas de artillería que traía. Moctezuma, que en realidad amaba y tenia especial inclinacion á Cortés, sin embargo que le habia significado con gran resolucion que se fuese de sus Estados, manifestó, en virtud de su respuesta tan rendida y discreta, que lo queria más que nunca, y un gran sentimiento de aquella inopinada desgracia, y esto fué causa de no determinarse á romper de veras con él. Hay autores que afirman que por la segunda noticia que tuvo Moctezuma de que los españoles que venian en los navíos se habian desembarcado, y eran más de ochocientos con algunos de á caballo y piezas de artillería, le persuadian algunos capitanes matase á los nuestros que estaban en México pues los tenia en su poder, antes que se hiciesen más poderosos juntándose los unos con los otros, y de acuerdo con su Consejo no lo quiso hacer Moctezuma, persuadido que seria accion más gloriosa dejarlos juntar, y despues de vencidos todos sacrificarlos á sus dioses. Supo poco despues Hernan Cortés que habia tomado tierra Pánfilo de Narvaez y marchaba con su ejército en órden la vuelta de Zempoala. De todas estas particularidades que ocurrían, tenia frecuentes avisos que aumentaban su recelo. Conocia á Narvaez y cuál era la dureza de su condicion. Supo

por las cartas de Sandoval que le llegaron, todo lo que pasaba: el ánimo que tenia Narvaez de prenderle para sacrificarle á la venganza de Diego Velázquez: la causa del viaje del oidor Lucas Vázquez: los designios de Narvaez y el propósito que éste traía de conquistar aquella tierra: lo mal que hablaba de su persona, tratándole de traidor públicamente: las fuerzas que tenia: los amigos y capitanes que se inclinaban á dejarle para incorporarse á su ejército á la primera ocasion que se les presentase; y en fin, de todo le informaron con grande prolijidad. Por lo mismo sus pensamientos vacilaban entre las reflexiones más melancólicas.

Poníansele muchos Cacamatzines delante: el malogro de su conquista: la causa de la religion frustrada en el mejor tiempo: el servicio del Rey atropellado: el temor de guerras civiles que se iban á declarar entre españoles con grande escándalo y ventaja de los indios, quienes no dejarían de aprovecharse de tales y tan favorables coyunturas para sacar á su Rey de la prision y restaurar lo perdido: consideraba la superioridad de las fuerzas de su contrario, y no hallaba medio de reducirle, aunque se decidiese á rogarle con la amistad. En fin, su ánimo estuvo en aquellos dias muy angustiado, y al fin se determinó á entablar pláticas de paz con Narvaez, pareciéndole que po-

dia convencerlo de la ventaja que les resultaria á ambos de unir sus fuerzas para no perder lo ganado, que era lo más conveniente en las actuales circunstancias. Eligió para esta negociacion al venerable padre fray Bartolomé de Olmedo, religioso bien hablado y de autoridad, el cual, de vuelta de su comision, impuso á Heruan Cortés de que Narvaez se expresaba mal contra él y vertía amenazas descompuestas; pero le consolaba, por otra parte, la buena disposicion que habia reconocido en su gente, pues la mayor parte se inclinaba por la paz y mostraba poca disposicion para apoyar á Narvaez y secundar su dictámen.

Conociendo Cortés que al fin se habia separado de la subordinacion de su Gobernador Diego Velázquez, y que no teniendo titulo real sino el que habia recibido de su ejército para mandar las operaciones de la conquista, y receloso asimismo de la intencion de Moctezuma (quien deseaba verse libre de su opresion), pareciale cosa dura y de gran peligro desamparar la ciudad de México, por lo cual envió diversas veces avisos á Narvaez para que desistiese de sus intentos; y viendo que no le aprovechaban de nada, determinó verse con él. No descónfiaba de hacerle la guerra ó atraerle á un avenimiento ó concierto conveniente á sus planes. Previnose de algunas tropas auxiliares de Tlaxcala y de Chinantla, y

luego que vió que sus soldados recibian con aplauso su última resolucion, pasó á verse con Moctezuma, prevenido ya de varios pretextos, para darle cuenta de su viaje, sin manifestarle el más leve cuidado. Logró persuadir á Moctezuma de que el motivo de su ausencia de la corte era con el fin principal de impedir que se acercasen á su corte aquellas tropas, porque aquel ejército se componia de gente inconsiderada y bisoña, mal disciplinada, lo cual introduciria la turbacion y el desconcierto entre sus vasallos: resolucion que agradó en extremo á Moctezuma, y salió en persona á dejarle fuera de la ciudad, hasta la calzada de Papalapan, adonde se despidió con grandes muestras de estimacion, ofreciéndole auxiliarle con armas y cuanto necesitase, repitiéndole que no tenia más que pedir y seria servido, en el lugar en que se hallase.

Agradeció Hernan Cortés las ofertas de tan espléndido Emperador; pero no las admitió porque no se fiaba de los mexicanos, y dijo á Moctezuma que volveria muy presto á México. Hizo Cortés esta jornada con mucha resolucion; y se valió de medios tan bien concertados y seguros para batir á Narvaez, que solo tuvo dos muertos y algunos heridos, y del ejército de Narvaez fueron diez y seis muertos y algunos más heridos, contándose entre éstos el mismo Narvaez, á quien